

litros de legía fuerte, á la que se añadirán dos onzas de tártaro calcinado, una libra de hiedra y una libra de pasta de cebada, después de haber tenido cuidado de exponer al sol durante muchos días este agua en una visija de cristal, herméticamente cerrada.

Si no tuvieseis confianza en Fioravanti, médico, cirujano y alquimista á la vez, y que se hizo tan célebre por su libro *Lo Specchio de scienza universale*, oid á Giovanni Marinello cuando os dice: *Y capelli come biondi si facianno*. «Macháquense durante dos horas en agua muy caliente flores de altramuz con salitre, y frótense los cabellos con ese agua, y empaparlos bien en ella al peinaros.»

«O bien quémense en un vaso una libra de heces secas de vino blanco. Cuando esté pulverizado enteramente, mézclese con aceite de ballena y úntese con ese líquido los cabellos y secaros al sol.»

Estas eran las recetas usadas en Venecia, y no dejo de admirarlas, cuando dirijo la vista á los magníficos cabellos de Lucrecia Mosto de Vitel.

## XXV

2 Agosto.

Las fachadas de las casas de Trouville se veían cubiertas desde hacia unos días de grandes carteles amarillos que servían para anunciar un concierto vocal é instrumental que se verificaría en los salones del Casino el día 3 de Agosto. Entre otros artistas, que me son desconocidos en su mayoría, á excepción de Seligmann, el violoncellista, se destaca un nombre en letras grandes sobre fondo blanco. Es el de Didier, clasificado en el cartel de primer tenor de la Opera Cómica. Capoul tendría derecho á reclamar contra aquella clasificación; pero Capoul no estaba en Trouville, y no podía saber lo que allí ocurría. ¿Quién es ese Didier? ¿De dónde ha salido? ¿De dónde viene? ¿Tiene talento? ¿Es joven? ¿No será alguno de esos artistas que hace ya mucho tiempo en París se hallaban retirados, y que resucitan en provincias? Mi pasión por los tenores, que he mani-

festado muchas veces, no puede hacerme estar indiferente á estas diversas preguntas; mi cronista habitual, Saint-Simon, las resolverá fácilmente; pero me guarda rencor por tener á los señores de Vitel en las Rocas Negras, y no me honra ya con su conversación.

*El Diario de la Playa* habla, es cierto, de ese Didier ya citado. Es, según dice ese periódico, una estrella de primera magnitud, una de las glorias del canto.

Había hecho su primera salida en la Opera Cómica, y había llamado la atención, y Trouville debía estar satisfecho de tener la dicha de oírle. A *La Playa* tal vez pueda acusársela de ser parcial. Su agradecimiento al Casino, que le da entrada para todas sus fiestas grandes y pequeñas, la hace ser indulgente con los artistas que representan en él. No me creería, pues, suficientemente enterada, si la señora Vitel no me hubiese dado informes completos y desinteresados. Continúo estando en la mejor armonía con la veneciana. Me hago valer, deslizándose á su oído con maña, que había roto infinidad de lanzas con mi padre que estaba decidido á despedirla de nuestra casa.

Exageraba yo la importancia de mis servicios, á fin de tener en ella una aliada, si llegase el caso de necesitarla. Por el momento

me creía unida á ella, y acaso no se engañase: admiro su belleza sin envidiarla, y sentí aumentar mi odio contra las damas del gran mundo que había en el hotel y que eran enemigas suyas.

Esta mañana, al volver del baño, cubierta con uno de esos preciosos *negligés*, que cuestan lo menos tres ó cuatro mil pesetas, se acercó á mi escritorio y me preguntó si tenía intención de ir por la noche al concierto.

—¡Ah, señora!—respondí,—mis deberes me obligan á no moverme de aquí.

—Pero, una vez, las Rocas Negras pueden pasarse sin vos.

—Convengo en ello; pero no tengo con quien ir al Casino.

—Pues ¿y vuestro padre y vuestra madre?

—Han logrado ponerse mal con la empresa, y no les manda billetes de favor. Y tomarlos en el despacho, ni pensarlo.

—¡Es muy sensible!—dijo:—deberíais ir á tener el placer de oír á ese artista de París que anuncian los carteles.

—¿A Didier?—pregunté.

—Sí. Tiene mucho talento.

—¡Ah! ¿De modo que el artículo de *La Playa* dice la verdad?

—Debe estar muy por bajo de ella. Posee

una voz de las mejor timbradas y más simpáticas. ¿Pero es posible que no hayáis oído hablar de él?

—Estaba en el Brasil.

—¡Ah, es verdad! Lo había olvidado. Pues sabed que llamó la atención el año pasado en París, que se ha ocupado de él, contra todo uso y costumbre, por espacio de más de seis semanas. Y tanto se ocupaba de su persona, como de su talento. Es joven, buen mozo, distinguido y pertenece á una familia de elevada alcurnia: á los Prades. Yo he conocido mucho á su padre, uno de los hombres más finos que he tenido al rededor mío.

—Y el hijo ¿se ha hecho cantante?

—El barón de Prades era muy amable, muy simpático, pero muy pródigo. No ha dejado á su hijo más que deudas, y él se ha visto obligado á sacar partido de los dones que la Naturaleza le ha concedido.

—Estos detalles, señora—respondí—excitan mi curiosidad, y siento de veras no oír al artista de quien habéis formado tan alta opinión.

—Le oiréis—dijo la señora Vitel, despidiéndose de mí.

.....  
Al medio día, Victoria, la doncella de la señora Vitel, me entregó de parte de su señora,

rogándome las aceptara, tres excelentes localidades para el concierto que había por la tarde. Fui inmediatamente á decírselo á mi familia para decidirles á que me acompañasen. Mi padre dijo: «yo no acepto regalos.» Le hice la observación de que su negativa podía herir la susceptibilidad de su mejor cliente, de una persona, que el día antes, sin ir más lejos, había tenido una porción de convidados á quienes había tratado á cuerpo de rey, pagando una cuenta exorbitante en cuanto se concluyó la comida, sin examinarla siquiera.

—Los propietarios del hotel de París y del Brazo de Oro—añadí—concurren á todas las funciones que da el Casino; vuestra ausencia, lo sé muy bien, ha sido notada, y vuestros enemigos esparcen el rumor de que no os atrevéis á mostraros en público.

—¿Que no me atrevo á mostrarme en público? ¿Por qué?

—Dicen que vuestros negocios van muy mal.

—¡Oh, miserables!

—Si no temiese—dije—dar consejos á un hombre como vos, padre mío, cuyo talento es tan claro, os diría que aprovechaseis la fiesta de esta tarde para presentaros en el Casino. El efecto sería inmenso, y los mal intencio-

nados se verían obligados á decir: «El señor Lelievre no se digna venir á las funciones ordinarias, en las cuales las localidades se venden á bajo precio, pero no mira lo que cuestan cuando se trata de oír á una celebridad parisién.

—¿Son de buena clase los billetes que te han dado? — me preguntó mi padre, medio vencido.

—Son los mejores de la sala, en primera fila. Localidades que no han ocupado nunca vuestros colegas. Ya los veréis á una legua de vos, en asientos baratos, confundidos entre la gente de baja estofa.

El señor Lelievre accedió por fin á honrar el concierto con su presencia, y se dignó permitirme que le acompañase.

## XXVI

3 de Agosto (á media noche.)

No me acuesto sin confiar al papel las impresiones sentidas durante la *soirée* que acaba de terminar. Esas confidencias tal vez calmen mi sangre agitada y me alivien de mi locura,

si me detengo sobre todo unos instantes en los primeros detalles, cuyo prosaísmo ha de producir en mí el efecto de una ducha.

A las nueve hicimos nuestra entrada en el Casino. Mis padres iban del brazo y yo marchaba delante de ellos como una hija soltera. Mi padre se había puesto de frac y corbata blanca; á pesar de esa *toilette*, demasiado fastuosa para verano, en un día de concierto se hacía notar por su buena presencia, y los extranjeros creían ver en él á un notario ó un abogado de provincias. Mi madre, con la cabeza envuelta en la mantilla brasileña, que por el día consiente en abandonar, pero con la que siempre se adorna por la noche, estaba verdaderamente hermosa. Yo llevaba traje negro para pasar desapercibida; trato con mucha delicadeza á mis prójimos.

El hujier del Casino detuvo á mi padre al entrar en la sala de espectáculos y le pidió los billetes.

—¿Qué no me conocéis?—le dijo el señor Lelievre con dignidad.—Soy el dueño del hotel de las Rocas Negras.

—Os conozco perfectamente, caballero; pero tengo orden de pedir los billetes, y no puedo dejar de pedirlos.

—A los extranjeros, no á mí. Yo no doy los

míos; me basta con asegurar que los tengo en mi bolsillo.

Como había muchas personas detrás de nosotros que se empujaban, quejándose de no poder entrar, el hujier se decidió á dejar pasar al señor Lelievre, que, en vez de agradecerlo, se volvió hacia mí y me dijo en alta voz:

—¡Pues no produce mucho escándalo ese empleado, y eso que tiene la cadena al cuello!

Hice como que no le entendía, y me escabullí discretamente entre la multitud.

Tuvimos que atravesar el salón para llegar á nuestras butacas. Mi padre paseó una majestuosa mirada sobre toda la concurrencia. Me pareció que quería decir: «¡Eh, soy yo, Lelievre, que se digna mezclarse con vosotros!» Vió al propietario del Brazo de Oro, sentado modestamente con su familia en sillitas, y al momento exclamó:

—No comprendo cómo se atreven á ir á tan malos asientos. Es verdad que se los han dado; ciertas gentes lo aceptan todo, absolutamente todo.

Por fin llegamos á nuestras butacas; pero como nos habíamos retrasado, estaban ocupadas.

—¡Es esto bromal!—dijo mi padre;—¡sepámoslo, pues parece una burla!

Al oír estas frases se acercó un comisario.

—Caballero, veo que los asientos que yo debía ocupar lo están ya. Y eso que están numerados y he pagado seis francos por cada uno.

—¿Conserváis los billetes?

—Creo que sí, y he hecho muy bien. ¡Cuando pienso que ese escandaloso sirviente que está á la puerta quería quitármelos!

—Tened la bondad de enseñármelos.

—Así lo haré, sí señor; pero no los suelto de mis manos; esos billetes garantizan mi derecho. Helos aquí. Leed, si queréis; números 22, 24 y 26. Y esos asientos no están vacíos.

—Lo estarán en breve: es un error fácil de reparar.

—Es que no debieran cometerse tales errores en un establecimiento que tiene la pretensión de estar bien dirigido; pero, por lo visto, no es más que una vana pretensión que no se puede ocultar.

Nos dejaron libres nuestros asientos y pudimos sentarnos. Mi padre permaneció en pie, mirando á los que tenía al lado y haciendo observaciones no desprovistas de oportunidad. Mi madre, con los gemelos de teatro en la mano, miraba á todas partes. Como parecía examinar con demasiada insistencia á algu-

nos concurrentes á nuestro hotel, me permití decirla que sería más discreto mirar á otra parte.

—¿Por qué?—preguntó mi padre.

—Porque no se acostumbra á dirigir los gemelos á las personas á quienes se conoce, y con respecto á las cuales está uno en posición inferior á la suya,—dije con bastante timidez.

—Aquí no hay—exclamó mi padre—ni superiores ni inferiores. En un lugar público, todos los que pagan son iguales. No tengo que ocuparme de mis clientes; no soy el dueño de un hotel, soy un espectador, un individuo.

—Sin embargo...

—Cállate, te mando que te calles. No admito observaciones de una hija.

Yo, para mi padre, y según las circunstancias, tan pronto soy una joven soltera como una solterona vieja. Y tuvo razón un día en decir, que con una figura como la mía no se tenía edad ninguna.

Comenzó el concierto. La *overtura* fué perfectamente ejecutada y me causó gran placer; pero el señor Lelievre no dejó de decir:

—¡La han estropeado por completo! ¡Ya se conoce que estamos en provincias! En Pernambuco comprenden la música mucho mejor.

Ese era mi parecer también; en Pernambuco se comprende de otro modo... felizmente para Trouville.

Una señora que estaba sentada cerca de nosotros, incomodada con nuestras observaciones, dejó su sitio y se fué á refugiarse, sin decir una palabra, á otro más silencioso. Mi padre se quedó más ancho y lo aprovechó, para accionar libremente. Seligmann se hizo aplaudir de toda la sala. El señor Lelievre fué el único que protestó contra un éxito tan merecido. Pero á partir de aquel momento, ya puede hacer las censuras que quiera, permitirse observaciones intempestivas, descontentar á los que á su lado estén; yo no le presto la más mínima atención. No me pertenezco, estoy entregada por completo al que acaba de presentarse en escena, al tenor cuyo talento me negaba á reconocer, á Didier de Prades. Apenas se dejó oír, me conquistó en absoluto. Su voz pura, clara, ardiente, apasionada, vibrante, retendió en mi interior. ¡Ah, esa era la voz que esperaba, en la que soñaba! ¡Me causó una impresión indefinible! ¡Todo mi ser se estremeció, mi corazón quería saltáseme del pecho, mi cabeza ardía, las lágrimas se agolpaban á mis ojos, lloro, sí... lloro!... ¡Yo, que rara vez me enternezco, que tan indife-

rente soy á las miserias humanas, que me burlo de todos y de todo... llorar en un concierto... en público!

Mientras cantaba, no he visto más que al artista, ó más bien, no he hecho más que escucharle. Pero toda la sala le llama; vuelve y saluda. Entonces le miré. ¡Es él! su estatura, su andar, tiene los rasgos todos de su fisonomía. Es mi ideal en fin. ¡Ah! por fin le he encontrado, ¡victoria! Ya sabía yo que existía, que se me aparecería cualquier día! ¿No he tenido mil veces razón para conservarle mi corazón?

Desgraciada, ¿qué harás de tu corazón? ¡Pues hermoso es tu corazón con sus miserias, sus rencores y sus odios!

Puede embellecerse, ennoblecerse, purificarse. Me siento capaz, desde hace un instante, del afecto, del sacrificio, de acciones sublimes. ¡Atrás mi malevolencia, mis celos, mi cólera! ¡Atrás mi triste infancia con todo su séquito de recuerdos insanos! ¡Quiero nacer de nuevo á la vida; quiero ser buena!

¿Pero eres hermosa, pobre tonta? ¿Para qué te sirve tu bondad y tu tenor? La bondad une y retiene á veces, pero no atrae, no arrastra, no desvanece.

¡Desvanecer! sí, esa es la palabra. Para obli-

garle á acercarse á mí, á quien él no conoce, para decidirle á separarse de su camino y adelantarse hacia mí, sería preciso que le causase sensación, que encantase su vista, que hiriese su imaginación mi presencia.

¡Pues bien! si así es, ¡desgraciada! renuncia á conocerle, renuncia á hallarle y, si me crees, para tu tranquilidad, renuncia á escucharle.

¿Qué, yo le amaré?

¡Una hora tan solo te bastará! ¡Una hora! ¡Qué una hora! Si le amo desde hace cinco años, si le espero ese mismo tiempo.

¡Basta ya de escribir! ¡Basta ya! Me vuelvo loca. En vez de recuperar mi sangre fría, como esperaba, confiando mis impresiones al papel, me siento más nerviosa, más excitada.

Voy á abrir la ventana. La vista del cielo estrellado y de la mar tranquila, el rumor cadencioso de las olas que se retiran, disiparán acaso el desorden de mi pensamiento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 3025 MONTERREY, MEXICO

## XXVII

Fuí al día siguiente á ver á la señora Vitel para darla gracias por los billetes que me había regalado.

¿Era el agradecimiento solamente lo que me hacía dar este paso? ¿No sentía una imperiosa necesidad de desahogo, de expansión, de conversación íntima? Estaba decidida á no hacerme traición, á no entregar mi secreto, pero me agradaba hablar de Didier y oír hablar de él.

Contaba con ocuparme sólo del artista, del hombre de ningún modo, y Lucrecia Vitel, á pesar de toda su malicia, no podría adivinar los sentimientos que me inspiraba.

¡Qué inocente era yo, Dios mío!

—¿Habéis quedado satisfecha?—me dijo la señora Vitel después de haberla dado las gracias.

—Sí, muy satisfecha—respondí en tono desdenoso.

—Entre todos aquellos artistas, ¿cuál es el que os ha gustado más?

—Seligmann me ha parecido muy notable.

—Sí; de esa cosa, de ese instrumento que se llama violonchelo hace un ser animado que habla y ríe y llora: es delicioso; pero ¿á Didier de Prades, cómo le encontráis?

—No es malo.

Se sonrió, me miró de reojo y me dijo:

—Yo creí que os había producido grandísima impresión.

—En mí... ¿por qué pensáis eso?

—Por vuestra actitud mientras él cantaba, por la especie de éxtasis en que parecía estabais sumergida, por las lágrimas que se desprendían de vuestros ojos.

—¡Yo lloraba, yo, yo! os engañáis.

—¡Bueno! si así lo deseáis...

—¿Cómo sabéis eso? ¡Si no estabais en la sala!

—Es verdad, pero estaba en el escenario, detrás del telón de fondo, y como ocupabais una butaca de primera fila, tuve el placer de estaros contemplando.

—¡Estabais en el escenario—dije asombrada—vos... señora! ¿Para qué?

—Para animar á los artistas, que á casi todos los conozco, y más particularmente para dar un apretón de mano á Didier de Prades, cuyo padre, ya os lo he dicho, era amigo mío.

No pude ocultar cierto despecho. Me era muy duro saber que Lucrecia Vitel se hallaba al lado de mi tenor, y podía hablarle y felicitarle, cuando el destino me condenaba á hacer el papel de simple espectadora. Sentí la herida de los verdaderos celos, de los celos de amor, y me hice traición á pesar de la sangre fría que me prometí tener. La señora Vitel, que quería obligarme á hacer confesiones completas, se aprovechó sin tardanza de esa primer ventaja obtenida.

—A propósito de Didier de Prades—replicó,—¿podéis darle algún cuarto en el hotel?

—¿Un cuarto? ¿Para qué? ¿Qué queréis decir?

—¡Pues lo que digo! ¿Que si podéis cederle un cuarto en las Rocas Negras?

—¡Él, él aquí!

—¿Y por qué no? Está mal alojado en su hotel, según me ha dicho. Además, aquí para *inter nos*, me agradaría mucho tenerle cerca, para invitarle á alguna de mis comidas. Le oiríamos en las *soirées*, y á mis convidados, que deseo tener contentos, les encantarían esos conciertos improvisados.

Cada vez estaba más emocionada. La señora Vitel, que no separaba su vista de mí, creyó llegado el momento oportuno para dar

el golpe de gracia, y me dijo con voz dulcísima:

—En fin, querida Carmen, ¿sería justo que tuviese secretos para vos? En cambio de la franqueza que me habéis jurado, ¿no os debo algunas confidencias? Cuando os pido un cuarto en las Rocas Negras para Didier de Prades, no se trata tan sólo de su bienestar material y de su talento artístico.

—¿De qué se trata, pues?

—Del placer que se experimenta al estar cerca de un buen mozo. Yo soy así como vos; admiro la forma y tengo muy en cuenta la belleza física en los hombres. El semblante, la estatura, las maneras distinguidas de Didier me han gustado tanto como su voz, y no me desagradaría encontrarme con él con frecuencia.

—¿De veras? Pues encontráos con él... pero no en las Rocas Negras... No tengo habitación que darle... no quiero que venga aquí.

Mi voz temblaba, estaba furiosa. Mi rostro pasó, en menos de un segundo, por todos los colores: desde el blanco al púrpura, del púrpura al amarillo.

Después de haberme dado todo el tiempo necesario para hacerme traición á mí misma, la señora Vitel se dirigió á mí, me puso una

mano en el hombro, me miró á lo blanco de los ojos, y me dijo:

—¿Vos le amáis?

—¿Qué? No os comprendo.

—Que amáis á Didier de Prades. Eso es todo lo que deseaba saber y lo sé. Cinco minutos y algunas frases me han bastado.

Bajé la cabeza. Tenía razón. Debía amar para que llegase á ser juguete de la suerte y ser tan tonta. ¡Sí, tan tonta, porque aún quise defenderme!

—¡Cómo he de amarle si no le conozco! Le he visto una vez, media hora escasa, y queréis...

—Yo no quiero nada, es la Naturaleza quien quiere. Desde hace mucho tiempo está admitida la existencia de lo que se llama amor fulminante; que es el que pasa generalmente al corazón desde los ojos ó desde los oídos. Hasta en la historia se encuentran muchos ejemplos de ese género de amor, y vos no seréis una excepción, os lo aseguro. Además, permitidme, querida Carmen, haceros notar, que durante el mes que acaba de pasar me habéis hecho confesiones acerca de vuestro ideal. Se asemeja rasgo por rasgo á vuestro tenor. Amáis, pues, desde hace mucho tiempo á este último, le adivinabais, le esperabais, y cuando ayer se os ha aparecido, os habéis en-

contrado, no sólo frente á un amigo, sino frente á un amante.

—¡Ah!—exclamé, decidida á no disimular más tiempo.—Si fuese eso verdad, si ese amor fulminante, como vos le llamáis, ó latente, secreto, interior, hace mucho tiempo concebido, se ha apoderado de mi corazón, ¡qué sufrimiento tan horroroso será el mío!

—¡Sufrimiento! ¿Por qué?

—Miráos en ese espejo, y miradme después á mí.

—¿Y qué hago con eso?

—¿No sois vos mi rival?

—¡Vuestra rival! ¡yo!

—¿No me habéis dicho que os gusta?

—Era para obligaros á haceros traición—respondió sonriéndose,—para que me hicieseis confidenta vuestra y ayudaros si se presenta ocasión de hacerlo. Estad segura; he vivido mucho tiempo en intimidad con los artistas, para que me enamore de ellos á primera vista, para amarlos hasta el punto de hacer sufrir á una persona que me es tan simpática como vos. En un salón, en una comida, en una cena son agradabilísimos, lo confieso. Como convidados, como amigos, tienen un encanto incomparable; pero como maridos y como amantes, dejan mucho que desear. Bellos ha-

bladores, siempre dispuestos á lanzar una declaración entusiasta, se hacen avaros de ellas cuando más las deseáis. Cuanto más talento y más fama tienen, más debe desconfiar de ellos la mujer que no se contente sólo con palabras. El arte es su única querida, se niegan á engañarla con nosotras por temor á disminuir las fuerzas que la han consagrado. Una entrevista á solas, de larga duración, una *soirée* accidentada, una noche sin dormir, pueden entorpecer la imaginación, impregnarla de recuerdos difíciles de borrar, perjudicar al trabajo del día siguiente, disminuir el valor de la obra emprendida. Algunos de ellos, los peores ó los jóvenes, aunque hagan esos cálculos, no saben siempre resistir esos deseos. Se dignan consagraros algunas horas, nunca un mes, mucho menos algún año. No tardamos en causarles miedo. Se llevan sin cesar la mano á la cabeza, como si se les fuese á escapar el pensamiento. Se creen abandonados de las Musas y nos dejan sin dar excusa ninguna, para marcharse con ellas. Su talento no os pertenece, siempre anda errante á la ventura. Su corazón es por completo de la heroína de su drama, de la melodía que empezó á crear, de la disposición de su último cuadro; en cuanto á sus sentidos, se engañan si creen tenerlos;

no obedecen sino á excitaciones cerebrales. La mayor parte del tiempo, cuando nos miran y parece que les entusiasmos, se limitan á analizarlos. No existimos como mujeres, somos modelos para los escultores y pintores, objeto de estudio para los literatos. Para los tenores no somos... nada, absolutamente nada.

Tan larga disertación dejó fatigada á la señora Vitel. Se detuvo, abrió la ventana, cogió unos gemelos, miró el horizonte, y descansada ya, se acercó á mí.

## XXVIII

—El tenor—replicó la señora de Vitel—es delicado, frágil, muy eventual; es una pasta tierna, pero poco manejable. El menor exceso puede disminuir el volumen de su voz; los desórdenes prolongados le perderían inevitablemente. Ayer salió victorioso; mañana puede hundirse para siempre. Estaba hace poco en el apogeo de la fortuna, hoy está pobre é ignorado. Esas amenazas continuas de la suerte, le hacen ser prudente y circunspecto. No se

prodiga nunca, economiza su persona, cuida sin cesar de su querida salud. No hay que esperar hacer su conquista; os teme, se teme á sí mismo, hace por no veros, porque teme verse seducido por vuestros discursos. Si os decidís á vencer sus vacilaciones, á no perder el fruto de vuestra elocuencia, y llegáis hasta cogerle por la capa, de seguro que os la deja entre las manos y huye. El casto José debió ser algún tenor de la antigüedad. Y como yo no quiero hacer el papel de la mujer de Putifar, os cedo á Didier de Prades.

—¡Muchas gracias!—dije riéndome;—pero, por lo que me decís...

—¡Oh, nada de cuanto os he dicho os arredará!—replicó la señora Vitel.—Debéis juzgar á los hombres bajo un punto de vista distinto del mío. A pesar de vuestras maneras y de la libertad de vuestro lenguaje, sois una joven soltera.

—Podéis decir una solterona.

—Sea, si así lo queréis; no me opongo, por no perder el hilo de mi discurso. Pero, ya seáis lo uno ó lo otro, no sois mujer casada ó viuda; no podéis comprender las aspiraciones de esos estados. Los defectos de los artistas en general, y de los tenores en particular, no alcanzáis á comprenderlos y no os asustan. Las

cualidades que les faltan os parecen inútiles. Confieso que muchas veces lo son, y hasta que muchas mujeres no las necesitan; pero yo, en ciertos momentos, las aprecio, y os lo repito... podéis guardaros vuestro tenor.

—Para guardarle—dije—sería preciso poseerle.

Lucrecia Vitel prosiguió, sin hacer caso de mi observación.

—Si á pesar de esta prevención queles tengo, me sintiese atraída hacia el señor de Prades, hubiese hecho á mi corazón que le olvidase, al tener noticia de vuestro amor hacia él. Toda mujer hermosa, querida Carmen, cuando la incomoda el peso de la virtud, vive en una especie de serrallo... cambiando los sexos, si me es permitido expresarme así. Ella es quien hace de Gran Turco. Todos los hombres que trata son las mujeres ó las sultanas de su harém. Si por casualidad dejara caer el pañuelo al suelo, todos se apresurarían á recogerle. Su mayor trabajo sería el de elegir, y, á excepción de los tenores, todos le serían igual. Perteneciendo, con relación al amor, á la clase rica, lo digo sin modestia, ¿sería generoso que fuese yo á disputaros al que vuestro corazón había elegido?... ¿No cometería una mala acción con la que, desde mi llegada á Trouville, me ha

hecho tan importantes servicios?... No, creedme bajo mi palabra, no seré rival vuestra jamás; quiero ser vuestra guía, vuestro apoyo y vuestra amiga.

Me tendió la mano, que apreté con fuerza. Ya, desde el día anterior, me sentía inclinada á la ternura; la voz de Didier me había predispuerto al sentimentalismo.

—Puesto que ahora estoy al abrigo de vuestras sospechas, al menos así lo espero, permitidme que os dé un consejo importante: bajad al escritorio, tomad un pliego de papel con el membrete de la casa, y escribid la carta siguiente: «Señora: me es imposible poder alojar á la persona que, según me decís, quisiera tener habitación en las Rocas Negras. No tengo ahora ningún cuarto vacante en el hotel.» Pondré vuestra carta en un sobre y uno de mis criados la llevará inmediatamente.

—¿Qué objeto os proponéis?

—Impedir al señor Didier que viva aquí y quitaros toda ocasión de verle. Las razones que antes os he dado, y muchas otras que es inútil os dé, me hacen considerar como muy peligrosa para vos toda relación, toda intimidad con ese joven. No le veáis más. No tendríais, aunque fueseis guiada por mí, la sangre fría necesaria para seguir una aventura y

llevarla á buen término. La vida contemplativa que durante tanto tiempo habéis llevado en el mar; el aislamiento en que se ha consumido vuestra existencia, vuestra castidad, conservada tanto tiempo, han exaltado vuestra imaginación hasta un grado inmenso. Si entre Prades y vos se estableciesen relaciones continuas, estabais perdida.

—¿Qué queréis decir?

—Que sufriríais ahora, y acaso en lo porvenir.

—¡Y qué!—exclamé de repente,—¡sufriré! ¡Pues qué! le busco, le llamo, le evoco desde hace tantos años, se me aparece al fin, es él, es su voz, su mirada, el rostro que había soñado; el ser que, por decirlo así, había yo creado, existe, vive; depende de mí hablarle, mirarle, oírle otra vez, y ¡voy á huir de él! ¡Y mi pensamiento ha de flotar siempre en el espacio, sin objeto! ¡Dejaré por la sombra la realidad por fin vislumbrada! ¡He de hundirme de nuevo en la noche en que vivía! ¡No, y cien veces no! ¡Quiero vivir! ¡Quiero sufrir si es preciso! ¡En último resultado sabré morir!

—Exageráis mucho—me dijo la señora Vitel.—Ese también es defecto mío. Yo también, hace poco, para asustaros, para obligaros á reflexionar, antes de entregaros á vuestra pa-

sión, he recargado los colores del cuadro, le he dado más negro de lo necesario.

—No—repliqué,—estáis en lo cierto. ¿Creéis que me hago ilusiones sobre mi miserable persona? ¿Creéis que tengo la pretensión de ser amada? ¡De ningún modo! pero quiero amar á un ser animado, á una criatura viviente, un cuerpo, una alma. No tendrá para mí ninguna mirada, ¡bueno! me desdeñará, ¡muy bien! me despreciará, ¡mejor! ¿Qué me importa si sufro? ¡Sufrir es vivir!

—¡Ah!—replicó la señora Vitel,—no admito tanta abnegación en una mujer; la humildad no es conveniente á nuestro sexo. Si amáis, debéis haceros amar.

—¡Es imposible!

—Es difícil. La belleza merece, en verdad, hacer en unos cuantos minutos, con una mirada ó con una sonrisa, la conquista de un hombre. Entra, os ve y cae á vuestros pies. Puede decir como César: «Vine, vi, vencí.» ¡Nada de luchas, nada de combates, de esperanzas perdidas, de esperas mortales, de celos terribles, ninguno de esos sufrimientos crueles, pero impregnados de toda especie de voluptuosidades.

—Defendéis mi causa—dije interrumpiéndola,—me dais armas contra vos. Los sufri-

mientos de que habláis son los únicos á que aspiro, y vos acabáis de presentármelos con colores tan seductores, que quiero saborearlos cuanto antes.

—Tenéis razón—dijo lanzándome una mirada, de que me acordé más tarde,—os había olvidado un instante y no he pensado más que en mí. Me declaro vencida. Hablemos de vos únicamente. ¿Estáis decidida á entrar en campaña? ¿con qué fuerzas contáis?

—Con ninguna.

—Tenéis una. Os la diré.

—Escucho.

—Ante todo, podéis contar de una manera absoluta con vuestro talento para combatir y vencer al enemigo, con vuestro talento, que es de los más esclarecidos.

—Os doy mil gracias—respondí—de que le juzguéis con tanta benevolencia; pero no me será de ninguna utilidad, estad segura de ello, en la campaña que voy á emprender. Huiré cobardemente en cuanto se halle en presencia de Prades.

—No lo creo. Al contrario, se manifestará más vivo.

—Sí, tal vez brille con más fuerza; pero temo apagarame pronto.

—Sí, os apagaréis; pero eso no impide que

vuestro talento se avive. Sí, el talento muchas veces consiste en aparentar que no se tiene. Vuestro silencio, vuestro mutismo, vuestra admiración pasiva, harán más mella en Prades.

—Y mi embrutecimiento—dije yo.

—Muchas gracias; no me atrevía á decir la verdadera palabra.

—¡Bueno! Le he conmovido. A pesar del poco ruido que hago, atraigo su atención; me mira, y después de encontrarme... tonta, me encuentra fea.

—Os podéis embellecer.

—¿De veras?

—¡Ya lo creo! yo me encargo de eso.

—¿Vais á convertirme en rubia á la veneciana?—dije riéndome.

—No tal, eso sería muy largo. Además, vuestro cabello es bonito, y hace muy bien á vuestra cara; me limitaré á cambiar ese peinado que usáis, y que no os favorece nada.

Ayer me fijé, en el Casino, en vuestra madre; el velo negro de encaje en que envolvía su cabeza, al estilo brasileño, y que ocultaba parte de su rostro, la estaba muy bien. Vais á adornaros como ella; os ha de ser muy útil.

—No lo dudo, si está destinado á ocultar una parte del rostro. ¿No podría tapparle por completo?

—Eso sería muy malo. Es preciso, por el contrario, que se vean algunas cosas.

—¿Cuáles? ¡Dios mío! Ardo en deseos de conocerlas.

—Los ojos, desde luego. ¿Seréis tan ingrata que les neguéis su mérito?

—No. Sin embargo de que les tengo rencor.

—¿Pues qué os han hecho?

—Que me permiten ver los demás defectos que tengo.

—¡Bah! no habláis en serio. Volvamos á vuestros ojos; son bonitos, pero no dan todo lo que pueden. Los haremos valer con unos cuantos golpes de pincel y de lápiz, que yo sé dar muy bien, bajo la pupila y en el rabillo. Vuestros cabellos, arreglados á *lo perro*, no dejarán ver vuestra frente que, convengo en ello, es algo pequeña.

—¿Y mi nariz?—reliqué.—Si fuese posible ocultarla.

—¿Creéis que sería mejor? Pues yo no lo sé. Las narices grandes tienen sus defensores; yo conozco á muchos que las buscan. Podéis haber dado con uno de esos.

—En honor suyo, creo que tendrá mejor gusto.

—La barba, por ejemplo, desaparecerá entre el velo, que yo me encargo de arreglar á

mi modo. Queda la boca, y no me parece fea.

—Los dientes no son malos—dije yo con modestia.—Y eso es todo.

—Es muchísimo. sobre todo, si sabemos disponer con arte todo lo que está al rededor suyo.

—¿Pues qué queréis hacer? Me dáis miedo.

—Quiero que sean más gruesos vuestros labios, condenándoos á morderlos desde por la mañana hasta por la noche.

—¡Pues es verdad! no había pensado nunca en ese procedimiento.

—Y tiene dos objetos: al mismo tiempo que aumentan de volumen, estarán encarnados. Si eso no basta, recurriremos á ciertas pomadas y á ciertos carmines, cuyo secreto me ha confiado también Venecia.

—¿Y es eso todo?

—Casi, casi.

—¿No os disgusta algo mi tez?

—De día, sí; pero por la noche producirá efecto. Además, tenemos en nuestra ayuda el blanco perla y otros muchos ingredientes.

—Sí, ya lo veo—dije después de un instante de silencio,—con vuestro velo, pinceles, cosméticos, ungüentos y polvos, conseguiréis acaso hacerme pasadera. Me permitiréis, sin embargo, haceros una observación: estucada de

ese modo, hecha de nuevo, revocada como una casa vieja, no podré presentarme á la luz del día.

—Claro es, os daréis á vistas por la noche solamente, en mis reuniones: seréis una bella de noche.

—No penséis en esto: Prades, según la combinación vuestra, va á estar en las Rocas Negras, y pasará por delante de mí á cada momento. ¿No estoy casi siempre sentada en el vestíbulo, detrás de mi escritorio?

—Tendréis que dejarle. ¿Es imposible eso?

—No—dije yo después de un instante de reflexión.—Abrís nuevos horizontes á mi vista. Mi padre comienza á estar celoso de la autoridad que ejerzo en el hotel. Las razones que le habían obligado á ceder sus derechos, según él decía, no existen ya: mi madre no está expuesta, como en el Havre, á las galanterías. Pasa desapercibida entre las hermosas mujeres que hay en el hotel. Por su parte, el señor Lelievre está al abrigo de toda seducción femenina; ninguna de estas señoras se digna dirigirle una mirada. Me ha indicado esta mañana que deseaba volver á tomar las riendas de la casa. Voy á entregárselas y á retirarme á mi tienda.

—Ya lo veis, el cielo viene en vuestra ayu-

da. ¿Entonces, tendréis una habitación para Prades?

—No, ninguna. La carta que queríais que escribiese está conforme con la verdad en todos sus puntos.

—¡De veras! ¿Ni el más mínimo rincón?

—No, os lo aseguro.

—Os cedo el cuarto que está al lado del salón.

—¡Cómo!—exclamé asustada,—vos...

—Esperaba ese grito: mi proposición debía despertar vuestra susceptibilidad. ¡Qué niña sois! iba yo á descubrir mis baterías con tanta torpeza, si pensase acercarme á vuestro tenor. No se trata de él, me ocupo de vos. A vos es á quien ofrezco el cuarto de mi marido, que va á estar ausente de aquí algunos días.

—¡Ah, perdonadme!... Pero, ¿por qué os desprendéis de esa habitación en favor mío?

—Porque podéis ofrecerle otra á mi protegido.

—¿Cuál?

—La vuestra. Me habéis dicho que daba al mar y que era muy alegre. ¿No tendréis un gran placer en verla habitada por Prades?

## XXIX

Cuando una hora después, sola en el cuarto, que quiero volver á ver antes de dejarle, pienso en mi conversación con Lucrecia Vitel, me veo obligada á reconocer que ha hecho cuanto podía para ponerme en relaciones con Didier de Prades, combatiendo y desaprobando mi amor para que se desarrollase más.

Me había mostrado los precipicios que inevitablemente encontraría en mi camino, pero al propio tiempo excitaba mi deseo de arrojarme en ellos.

Gracias á ella, tengo el vértigo, me siento atraída hacia el abismo.

—¿No ha adulado mis secretos designios? Además, ¡la comprendo tan bien! yo puedo andar con la frente alta; ella muchas veces se ve obligada á bajar los ojos. Mi nombre está immaculado, el suyo parece comprometido y enlodado. ¿No es natural que desee hacerme igual á ella en corrupción? Entonces